

Hacia un nuevo internacionalismo ecoterritorial

Breno Bringel y Sabrina Fernandes

Introducción

El llamamiento internacionalista ha resonado en todos los movimientos sociales y organizaciones de trabajadorxs desde que se hizo más evidente el nexo global de las crisis y la interconexión de las experiencias bajo la colonización y el capitalismo. El movimiento anticapitalista y obrero tiene una larga historia de organización internacionalista, quizás más conocida en el pasado por la formación, disolución y re-formación de varias Internacionales comunistas. Después y más allá de las Cuatro Internacionales, los internacionalismos (en plural) se han hecho mucho más complejos en las últimas décadas. La emergencia de redes y coaliciones transnacionales (muchas de ellas centrales en la agenda de defensa de derechos), la construcción de espacios globales de convergencia (como el Foro Social Mundial), la formación del movimiento por la justicia global (con múltiples expresiones de la lucha contra la globalización capitalista) o la internacionalización de movimientos territorializados, como los indígenas y campesinos (Vía Campesina es un caso bien conocido)

son solo algunos ejemplos de la diversidad de articulaciones internacionalistas recientes.

El agravamiento de la crisis ecológica global en el siglo XXI exige una articulación internacionalista que ponga a la Naturaleza en el centro y establezca que ningún movimiento popular y anticapitalista puede triunfar y sobrevivir en una sociedad alternativa sin asegurar las condiciones ecológicas para la vida, y en particular, una vida digna. Este internacionalismo necesita criticar las asimetrías globales y adoptar una postura antimperalista, desafiando los lazos entre la división internacional del trabajo, el colonialismo verde y el imperialismo ecológico en su sed de recursos y la continua generación de zonas de sacrificio. Mientras que el imperialismo ecológico saquea la Naturaleza en recursos que son continuamente alimentados desde territorios periféricos hacia los centros industriales del capitalismo, el colonialismo verde se asocia a las viejas prácticas de apropiación y desposesión adoptan ahora una fachada “verde” al hacerse con el control de elementos clave de la transición ecológica como los minerales para las baterías de los vehículos eléctricos o las hectáreas de bosque para los créditos de carbono. Estos procesos agravan la deuda ecológica y las asimetrías Norte-Sur relacionadas con ella, que deben abordarse sin descuidar la importancia de las alianzas entre el Sur global y el Norte. En lugar de centrarnos únicamente en el cambio desde arriba o en las campañas, necesitamos un enfoque ecoterritorial de los internacionalismos contemporáneos. Esto no niega la necesidad de luchar en los distintos niveles estatales, pero subraya la necesidad de articular mejor los conflictos territoriales entre las distintas regiones y continentes para evitar tanto los enfoques localistas como los únicamente macro de las múltiples crisis de nuestro tiempo.

En este capítulo se analiza la crisis ecológica contemporánea y se ofrece una breve panorámica de las importantes transformaciones de los internacionalismos y las luchas por la justicia global en las tres últimas décadas, llamando la atención sobre la creciente articulación entre los conflictos climáticos y territoriales. Como

resultado, se proponen tanto un diagnóstico como una brújula de navegación para las luchas ecosociales transformadoras en el mundo contemporáneo.

Policrisis, colonialismo verde y nuevos conflictos ecoterritoriales

Nuestro tiempo presenta múltiples crisis que impactan diversas partes del globo de manera diferente. Sin embargo, las capas de análisis y las causas profundas varían en función de los intereses directos en juego. Desde la perspectiva de la transición justa, el cambio climático no es una crisis más, sino una emergencia que se suma a la gravedad en grado y escala de los demás retos. Forma parte de la policrisis a la que nos enfrentamos, que no es simplemente la suma y combinación de múltiples crisis, sino la aparición de un fenómeno generalizado que resulta de las tensiones, ambigüedades y contradicciones de las crisis en su contribución a los riesgos sistémicos. Scott Janzwood y Thomas Homer-Dixon sostienen que, en una policrisis, una “alineación temporal de los riesgos sistémicos” puede producir un “fallo sincrónico de los sistemas interconectados” (Janzwood y Homer-Dixon, 2022).

Esto es de especial interés para quienes trabajan en transiciones socioecológicas debido a las desigualdades que rodean a los riesgos sistémicos una vez que consideramos la historia, los medios y los fines. Las relaciones coloniales del pasado y del presente han creado un escenario en el que se espera que las comunidades y las naciones gestionen los impactos del cambio climático y tomen las medidas necesarias para mitigarlo y adaptarse a él, pero existen conflictos sobre los recursos necesarios para la transición y hacia qué exactamente transitará la sociedad. Una sociedad libre de crisis ecológicas no tiene el mismo aspecto para todas las personas, ya que los proyectos políticos y sus objetivos finales reflejan las perspectivas dominantes sobre el modo de vida. Hay una gran diferencia entre un proyecto de

transición ecológica que exige alejarse del actual modelo extractivista y otro que predica una sociedad verde y sostenible en una parte del mundo a costa de zonas de sacrificio en otros lugares.

Dado que el cambio climático crea un riesgo sistémico que altera y amplifica otros riesgos sistémicos a varias escalas, es necesaria una transición, aunque signifique cosas diferentes para los distintos actores. Hoy en día, la idea de una transición justa, antes vinculada a la garantía del empleo y a la corrección de las asimetrías en términos de quién causó la crisis y quién sufre sus peores consecuencias, ha sido lentamente apropiada por las empresas, que la han diluido en esquemas de precios a medida que se hacen cada vez más presentes en los espacios oficiales de negociación sobre el clima. En lugar de abandonar la noción de transición justa, necesitamos definir los criterios de este marco, recuperar sus raíces en la organización laboral y la justicia medioambiental, y situarlo dentro de los múltiples estratos de toma de decisiones y acuerdos políticos, desde una pequeña comunidad hasta las fronteras nacionales y los acuerdos internacionales. La transición justa debe crear patrones sistémicos de resiliencia que aborden las preocupaciones políticas, económicas, sociales y ecológicas, reconociendo que los diferentes actores de la policrisis pueden colaborar, pero también competir por los recursos y la prioridad.

El reto que plantea la nueva fase de extractivismo asociada a las economías verdes de transición ayuda a ilustrarlo (ver el artículo de Kristina Dietz en este libro). El extractivismo verde es el nombre que reciben las nuevas empresas extractivas que perturban los ecosistemas y las comunidades con el fin de proporcionar recursos a las empresas y los países para las políticas de mitigación y adaptación al cambio climático. Como vimos en el capítulo de Svampa en este libro, una de sus caras más visibles es la batalla por el litio y su valor en los proyectos de transición energética y la electrificación del transporte. La Agencia Internacional de la Energía ya predice una escasez de litio para 2025, dadas sus estimaciones sobre cuántos vehículos eléctricos deberían circular para sustituir a los convencionales

y reducir las emisiones del transporte por carretera a objetivos de cero neto (Agencia Internacional de la Energía, 2022; S&P Global, 2019). El problema es que la solución presentada a una crisis —la electrificación de los vehículos como respuesta a las emisiones del transporte— exacerba las pautas tradicionales del imperialismo ecológico y su intercambio ecológicamente desigual, aumenta la presión político-económica sobre las economías dependientes, y tiñe de verde la creación de nuevas zonas de sacrificio en áreas de gran interés extractivista para nuevas prácticas coloniales verdes. Las sociedades más prósperas y los intereses corporativos que las dominan prefieren normalizar más extractivismo en nombre de la sustitución tecnológica en lugar de reestructurar la demanda y la producción de forma que se asegure un horizonte de transiciones múltiples —a nivel energético, lejos del cambio climático y hacia una sociedad ecológica poscapitalista— con transformaciones ecosociales en casa *y también* en lugares más vulnerables y empobrecidos.

El extractivismo verde no aborda la causa de fondo porque aísla la necesidad de descarbonización —una exigencia primordial para la transición energética y climática— del metabolismo de la Naturaleza. Una simple sustitución del actual modo de vida hegemónico, intensivo en consumo, por una alternativa libre de carbono es materialmente imposible, dados los recursos finitos, pero también ecológica y socialmente indeseable, dados los impactos sobre los ecosistemas, las comunidades y los territorios. En otras palabras, el extractivismo verde normaliza este modo de vida imperial (Brand y Wissen, 2021), entendido como un proceso de hegemonía y subjetivación que promueve prácticas de producción y consumo incompatibles con el metabolismo de la Naturaleza para determinados grupos minoritarios y lugares a costa de otros. Es el tipo de respuesta a la crisis climática que deja al capitalismo sin cuestionar y contribuye a un problema de bucles de retroalimentación y propósitos cruzados (Tooze, 2022), donde una falsa solución exacerba los riesgos sistémicos que las soluciones supuestamente deben abordar.